

Reseña de *Alucinaciones y delirio* de Henri Ey

JACQUES-M. LACAN¹

⁽⁸⁷⁾Un público bastante grande no carece de sospechas de que la poca amplitud de los círculos en donde prosigue la investigación psiquiátrica viva en Francia, no puede estar relacionada sólo con las necesidades propedéuticas y el esoterismo técnico legitimados por las exigencias de un nuevo orden del conocimiento. Por el contrario, es un rasgo demasiado singular en comparación con la actividad manifestada en otros países, como para no buscar su causa en ciertas contingencias culturales y sociales, bastante claras además, a falta de lo cual habría que elevarlo a la dignidad de un fenómeno positivo: a saber, y con términos adecuados, una penuria de inspiración. El público se convencerá de que eso no es así, al tomar contacto por este pequeño libro, escrito a su alcance, con un espíritu cuya producción, fragmentada en artículos y colaboraciones, hasta ahora daba a conocer su importancia y su originalidad únicamente a los iniciados.

Henri Ey no quiso brindar en él un resumen de sus investigaciones sobre la alucinación. La inmensidad y la heterogeneidad de este problema le impusieron un programa metódico de investigación y de exposición, cuyo desarrollo en sus trabajos anteriores prosiguiera con rara coherencia. El conjunto se encuentra lejos de estar acabado. Este nuevo trabajo es sólo un momento de aquél, pero tanto por el método de investigación como por los fundamentos teóricos adoptados por el autor en el campo ya recorrido, posee un valor ejemplar. Pues los fenómenos alucinatorios estudiados en él constituyen, por sus propiedades, un verdadero caso que demuestra el pensamiento del autor. En efecto, son las *alucinaciones* psicomotrices, aisladas por Seglas en 1888.

Antes que el trabajo que analizamos, es notable constatar con Henri Ey y conforme a la observación preliminar que nos ha inspirado este análisis, que “la historia de las

¹ Esta reseña de una obra de Henri Ey: *Hallucinations et délire* [Alucinaciones y delirio], París, F. Alcan, 178 páginas, fue publicada en *Évolution Psychiatrique* [Evolución psiquiátrica], 1935, fasc. 1, pp. 87-91.

ideas sobre las alucinaciones psicomotrices, comienza y se detiene en Seglas”. Lo cual no quiere decir que se haya estancado en la forma de una estereotipia profesoral: por el contrario, la evolución profundamente subversiva de las teorías de Seglas nos muestra la maravilla de un espíritu que no sólo supo “ver el hecho nuevo” (cosa que no habría podido ocurrir sin una ⁽⁸⁸⁾primera elaboración teórica), sino que, en el comercio predilecto que mantiene con el objeto de su descubrimiento, retoca por etapas y casi a su pesar el marco mental en el que lo percibiera primero. Damos allí con un bello ejemplo de esa transmutación recíproca del objeto y del pensamiento que la historia de las ciencias nos muestra ser idéntica al propio progreso del conocimiento.

H. Ey nos muestra primero esas etapas del pensamiento de Seglas. Éste desemboca en un artículo con Barat de 1913 y, de forma acabada, en una conferencia de 1914, en donde H. Ey reconoce todo lo esencial de su propia posición y cuyo desarrollo es lo único que su trabajo pretende ser. Esta filiación recibe la sanción del Maestro en persona, quien, encerrado en el retiro desde ese entonces, saliera de él para prologar generosamente este libro.

La envidia del mismo da prueba del valor de ese conocimiento histórico de las nociones, al que Ey prefiere dedicarse. Ese conocimiento, fecundo en toda ciencia, lo es todavía más en la psiquiatría. Sería vano querer oponerle la realidad clínica que él permite conocer, o, aún peor, las empresas primarias y desordenadas que dentro de la psiquiatría se hacen pasar por investigaciones experimentales, acaso porque en su seno florezcan en gran cantidad quienes en cualquier disciplina experimental auténtica serían relegados al rango de asistentes de laboratorio.

La alucinación psicomotriz permite plantear con especial relieve, así como resolver con particular certeza, el problema que H. Ey puso en el centro de sus trabajos sobre la alucinación: la alucinación, ¿es el parásito que desorganiza la vida mental –el automatismo de baja escala que, de acuerdo con una concepción elemental como la de Clérambault o muy sutil como la de Mourgue, simula la percepción–, es, en resumen, el objeto situado en el cerebro, que se le impone al sujeto como un objeto exterior? O bien, la alucinación, ¿es la organización de la creencia –parte integrante de unas relaciones trastornadas entre el ser vivo y el mundo exterior, cuya objetivación, por no acabarla él

La paginación original queda asentada en el cuerpo del texto entre paréntesis. Traducción al castellano de Agustín Kripper.

nunca lo suficiente, queda sostenida por su alcance vital—, es, finalmente, la afirmación de realidad a través de la cual el sujeto perturbado defiende su nueva objetividad?

En efecto, en un principio —e históricamente surgió así— la alucinación psicomotriz parece contener en su modo propio un “potente factor de desdoblamiento de la personalidad”. Por otro lado, el carácter a menudo observable, en cuanto motor, de su fenómeno, parece ser el garante de la objetividad del automatismo supuestamente causal.

Pero las contradicciones de semejante concepción surgen muy rápido y ⁽⁸⁹⁾no menos en función de la forma propia de la alucinación psicomotriz.

Contradicción fenomenológica, ante todo, que se manifiesta en las primeras clasificaciones al hacer pasar por el más alucinatorio el fenómeno más real (monólogo —impulsiones verbales). Contradicción clínica, a continuación, respecto de la que los partidarios de la “pura observación” harían bien en meditar cuánto responde en el momento justo a una concepción incoherente de la esencia del fenómeno. Por un lado, los enfermos afirman su “desdoblamiento” con más convicción en la medida en que el fenómeno se le muestra al observador menos automático y más cargado de significación afectiva, como se ve al comienzo de la mayoría de los fenómenos de influencia. Por otro lado, cuando durante ciertos estados terminales los enfermos se muestran presa de los automatismos verbales (monólogos incoercibles, glosomanía), el fenómeno alucinatorio se desvanece o es reemplazado por una actitud de juego.

Por lo tanto, el rasgo esencial de la alucinación psicomotriz, ya sea una alucinación verdadera o una pseudoalucinación, no debe buscarse en el automatismo —admitido como real sobre los decires del enfermo— de la supuesta imagen cinestésica verbal, sino en la perturbación del sentimiento fundamental de integración en la personalidad —sentimiento de automatismo y sentimiento de influencia— a través de la cual un movimiento real, fonatorio o sinérgico de la fonación, es coloreado con el tono de un fenómeno experimentado como ajeno o bien como forzado. El “potente factor de desdoblamiento de la personalidad”, en lo que le cabe, se halla no en una cinestesia perturbada, sino en la propia estructura de la función del lenguaje, en su fenomenología, marcada siempre con una dualidad, ya sea del mandamiento, la deliberación o el relato.

Tal es el movimiento crítico que unifica los diversos capítulos en los que, en la primera parte de la obra, H. Ey distribuye los muy ricos conocimientos que fundan su argumentación: Introducción que reproduce en su lugar dialéctico la crítica general de la

noción de automatismo propia de la psicopatología, que los lectores de la *Evolución psiquiátrica* habrán podido leer en el núm. 3 del año 1932. –Exposición del progreso teórico del pensamiento de Seglas, que posee el valor de una experiencia clínica privilegiada. –Recuerdo de la revolución científica adquirida actualmente en lo que concierne a la psicología de la imagen, y de sus repercusiones en la teoría del movimiento y del lenguaje. –Semiología de las alucinaciones psicomotrices. –Reducción analítica de las mismas en los fenómenos forzados y fenómenos ajenos. –Reducción genética a los sentimientos de influencia y automatismo y a las condiciones de los mismos.

⁽⁹⁰⁾Sin embargo, esa primera parte sólo adquiere todo su alcance tras conocer la segunda. En efecto, en ésta H. Ey reintegra la alucinación psicomotriz en las estructuras metales y los comportamientos delirantes, de los que mostró que es inseparable. Designa, en la evolución propia de los delirios, los estados electivos de su aparición, y precisa concretamente el grado de relajación y la cuota de integridad de la personalidad exigibles para que se produzca el fenómeno. Por último, intenta brindar una clasificación natural de los tipos clínicos en los que se encuentra ese fenómeno, al mismo tiempo que enumera cierto número de sus tipos etiológicos.

A nuestro juicio, es la parte más preciosa del libro y no podemos más que remitir al lector a ella para que aproveche la muy rica experiencia del enfermo que allí se muestra.

En efecto, si en este libro todo converge finalmente hacia la realidad del enfermo, es porque todo parte de ella: “En contacto con los enfermos alienados es que pudimos adquirir –escribe el autor– algunas ideas sobre las alucinaciones. De ser un método perjudicial para la comprensión de esos fenómenos, está claro que, viciados en su germen, todos nuestros estudios no significan estrictamente nada”.

H. Ey sabe qué cuestiones les plantean al psicólogo y el psiquiatra la naturaleza y las condiciones de la *estesia* alucinatoria, el valor y el mecanismo de sus características de *exterioridad*. Por eso sabe también que ellas no pueden resolver el problema de la *realidad* alucinatoria en nuestros enfermos.

Es paradójico –y, a decir verdad, bastante cómico– ver a los mismos que apelan a la clínica pura considerar como datos presentes en el inicio del problema de la alucinación, precisamente, las cualidades psicológicas peor aseguradas en su contenido, y fundarlas en las afirmaciones de los enfermos, aceptadas en bruto. Estos supuestos

clínicos se convierten así en abstraídos de delirio y son llevados a desconocer una multitud de rasgos significativos del comportamiento del enfermo y de la evolución de la enfermedad. La sola bastardía de la entidad nosológica de la psicosis alucinatoria crónica (aún utilizada actualmente en algunos medios rezagados) bastaría para demostrarlo. Con el desmembramiento, muy satisfactorio clínicamente, que H. Ey brinda de esa entidad, demuestra que no existe una clínica sana sin una crítica sana de la jerarquía de los fenómenos. Por razones idénticas a las condiciones propias del conocimiento, quienes pretenden desconocer semejante crítica, no consiguen prescindir de ella, y terminan recurriendo, a pesar de todo, a cierta crítica, pero viciosa.

⁽⁹¹⁾Patología de la creencia. Ésa es, por ende, la esencia de los delirios alucinatorios crónicos. La ambigüedad que presentan tanto la *estesias* como la *exterioridad* en la alucinación psicomotriz, han hecho de ésta para el Sr. Ey un caso particularmente favorable para demostrar que la característica esencial de la alucinación es la creencia en su *realidad*.

La suma de errores que esta obra tiende a disipar justifica su orientación polémica. Quizá nuestra aprobación nos haya hecho acentuar ese tono en nuestro análisis. Es una interpretación deliberada de nuestra parte y que nos dispensa de todo derecho a buscar querrela con el autor al desear que se hubiese extendido más sobre dos puntos positivos de su exposición. El primero concierne al mecanismo creador de la alucinación psicomotriz: el doble vínculo fenomenológico que parece demostrarse en ella, por un lado, entre la creencia en su exterioridad y el déficit del pensamiento que se manifiesta en su marco, y, por otro lado, entre la creencia en su validez y la emoción esténica que la acompaña. Acaso el autor habría establecido mejor estos vínculos si hubiera tratado el problema de los automatismos gráficos, ante los cuales nosotros mismos hemos tenido la oportunidad de sorprendernos. El segundo punto concierne a la noción, que valoramos, de estructura mental, la cual constituye la unidad de cada forma de delirio crónico y caracteriza tanto a sus manifestaciones elementales como al conjunto de su comportamiento. Acaso su uso sistemático en la descripción de los diferentes tipos de delirios comunicados aquí, habría conducido en la mayor parte de ellos a disolver más completamente la alucinación psicomotriz en la mentalidad delirante.